

—Señor duque es una bocanada de aire. Me equivoqué, dijo el criado, presentando una bandeja de plata: es un despacho telegrafico.

Genoveva, curiosa, se levantó para cogerlo.

—Id con tiento! no sea que venga del infierno, observó Octavio.

Genoveva abrió el despacho y leyó lo siguiente:

«Pasado mañana llegaré á Tonnerre. Venid á esperarme en la estacion del camino de hierro. Pasaré ocho dias en Parisis.

»ARMANDA.»

—Loado sea Dios! exclamó Genoveva.

—Con tal, dijo Octavio, que la señora de Fontaneilles venga sin el marqués, ese hombre que hace odiar todas las virtudes con que pretende adornarse!

—Tranquilizaos, mi querido Octavio: mi amiga viene para verme dichosa: no os fastidiará su marido.

Jacinta se habia levantado para tocar el piano.

—Este despacho no me gusta, murmuró entre dientes: llega en viernes, á media noche y en el momento en que se habla del otro mundo; entra con una bocanada de aire; estoy cierta de que el diablo envia la marquesa. Pobre Genoveva! Era tan feliz!

Y luego de meditar un instante, prosiguió:

—Si algun dia el destino volviese la página de su libro!

## VI.

### EL DIABLO EN EL CASTILLO.

El duque y la duquesa fueron al siguiente dia á la estacion mas cercana con un coche de cuatro caballos para aguardar á la marquesa.

Todos sintieron grande alegría al verse. Por espacio de media hora se cruzaron las mas vivas protestas de amistad, y las frases de curiosidad se cambiaron y enredaron como una madeja que se encuentra en unas manos caprichosas. Hablóse de sí mismo y se habló mal del prógimo para no perder esta costumbre. La marquesa hizo la caricatura de la última fiesta dada en el palacio de... donde todos los asmáticos del barrio de San German se habian dado cita como para asistir á un entierro de primera clase.

—Teneis mucha gente en el castillo? preguntó la marquesa de Fontaneilles.

—Mucha gente! contestó Genoveva; para mí el universo consiste en Octavio.

—Poco le ha faltado para que os neguemos la hospitalidad, dijo Parisis, riendo.

Genoveva miraba á su amiga. La marquesa nunca

había estado tan hermosa. Para ir de viaje vestía con bastante lujo. Llevaba un traje de tela de Indias, color de fresa y lirio, con un manto á la Pompadour y un cinturón con broches preciosos. Luis XV no vió en su córte una mujer tan bien puesta. Su sombrero de paja, adornado con flores, sentaba muy bien á su hermosa cabellera. La marquesa balanceaba su sombrilla parecida á su traje y enseñaba sus piecitos aprisionados en unas botitas preciosamente dibujadas. El pié es una de las espresiones de la mujer.

—Cuando pienso, decía Octavio al ver aquella mujer tan hermosa, que todo es bien perdido!

En la comida fueron cuatro.

—Y sois feliz? preguntó la señora de Fontaneilles, á los postres.

—Como en los cuentos de hadas, respondió Genoveva.

—No vayais á creer, mi querida marquesa, dijo Parisis, que nuestra vida sea un cuento.

—Ni una novela, añadió Genoveva.

—Id con tiento, observó la marquesa: no se convierta en historia. Nunca me han gustado las historias.

—Vamos! interrumpió Octavio; quisiérais hacernos creer que vos no sois la mujer mas feliz del mundo.

—Chist! en mi corazón no entra nadie, observó la marquesa.

—Y no entrais en él vos misma?

—Quizá... pero vivo con independencia de él.

—Es cierto, dijo Octavio, y yo os admiro. Si fuera necesario representar la caridad se os tomaría por modelo.

La marquesa dió un suspiro.

—Qué quereis! replicó; cuando como Genoveva no se puede hacer la dicha de un hombre, una se consagra á los pobres.

—Como á la dicha de un hombre! Acaso el señor marqués de Fontaneilles no es el mas feliz de los mortales?

—Lo creeis así? Pues yo no: no está contento de nada. Si se le presentara la dicha en persona no trataría con ella relaciones porque diría que no es de bastante buena casa.

—Lo que es no haber estado nunca enamorado! dijo Parisis con aturdimiento.

—Os lo agradezco; pero quizá tengais razón, dijo la marquesa: mi marido me ha amado como puede haber amado á su hermana á la cual acaba de heredar.

—Ingrata! exclamó Genoveva, mirando á su amiga: estás celosa de su hermana como él lo estará de tí?

—Mi querida amiga, los celos del señor de Fontaneilles distan mucho de parecerse á los de Otelo: es celoso por orgullo y no por amor.

Octavio casi no pudo contener esta otra exclamación:

—Y por qué no os ha amado?

Las dos jóvenes iban delante de él y se dirigió esta pregunta mientras ellas hablaban en voz baja.

—Por qué Fontaneilles no ha amado á su mujer? volvió á preguntarse.

Y se respondió:

—No es culpa de la mujer sino del marido. Hay corazones que no tienen la energia del amor.

Como todos los que razonan sobre esta tesis, Paris se equivocaba.

El marqués de Fontaneilles debia probar muy luego que tenia todas las energias del corazon.

Las dos mujeres seguian hablando: era un duo de confiancias íntimas de las que Octavio solo oia alguna que otra palabra.

Comprendió que Genoveva, en un momento de expansion comunicaba á la marquesa las alegrías de su alma.

Al ver á la señora de Fontaneilles Octavio creia que su hermosura era un bien perdido. En su concepto su marido no comprendia ni su belleza ni su talento.

—Ah! si yo hubiese tenido tiempo de amarla! se dijo admirando la preciosa cabeza de la marquesa.

Pero como veia con los mismos ojos la cabeza de su mujer, que era aun mas preciosa, hizo como los soldados despues de la batalla: metió la espada en su

vaina y no pensó mas que en ser un buen amigo de la marquesa.

Pero se acostumbra á decir que cuando una mujer forastera entra por la puerta de una casa, el diablo entra á su vez por la ventana.

## VII.

## LA MARQUESA.

La marquesa de Fontaneilles se habia casado á los veinte años. Cuando soltera se la conócía en los salones de Paris bajo el nombre de Armanda de Joyeuse. Se disputaba mucho acerca de su hermosura. Para unos tenia la belleza del diablo, mientras que para otros poseía la belleza absoluta. Esto consiste en que en Francia los jueces de lo bello no han estudiado en las universidades de Fidiás y de Apeles. El francés no ha nacido dibujante ni es entusiasta de las líneas severas: las poco simétricas siempre le han seducido. La mayor parte de los literatos no tienen mas que un vago sentimiento del arte. Juan Jacobo en Venecia no iba á admirar los Giorgione y los Ticiano: Voltaire en Ferney decia pomposamente «mi Versalles» ante algunos cuadros de Italia muy medianos. Hoy quizá Voltaire tendria mejores cuadros y Juan Jacobo iria á ver las obras maestras durante su permanencia en Venecia; pero si se les preguntaba acerca de su sentimiento artistico no irian á buscarlo ante la Venus de Milo: irian á buscarlo ante una pa-

risiense con líneas que la espresion y la coqueteria hicieron no severas, sino mas ó menos truncadas.

Existen acaso dos bellezas, la del mármol y la de la carne?

La marquesa tenia la belleza de la carne y de ahí que se dijera de ella que tenia la del diablo. Se entregaba por esto á Dios?

No, se entregaba á Dios porque el señor de Fontaneilles no habia sabido conquistarla.

Era uno de estos maridos parecido á todos los maridos que no saben distraer la inteligencia de su mujer cuando no tienen el don de ocupar su alma. Los maridos se imaginan siempre que el sacramento del matrimonio debe producir el milagro del amor. Compran una hacienda: esta es bien suya luego de firmado el contrato y de haberla registrado en hipotecas. Se casan con una mujer: acaso no es lo mismo? Para ellos son las mieses y el producto de la vendimia. Pero olvidan que la mujer es como la tierra. que todo en ella tiene su flor antes que el fruto: que si las heladas del matrimonio llegan á herir la flor, no recogerá ni mieses ni uvas.

He aquí lo que habia sucedido á Fontaneilles. Habia pasado con otras mujeres sus horas de juventud; habia vuelto en sí de esas monerías que él llamaba astucias del corazon; queria que su mujer prescindiera de todas esas «monerías» indignas de una alma altiva, la cual no debe resplandecer mas que por los bellos sentimientos de la religion y la familia.

Desgraciadamente para él no había registrado en hipotecas; no había borrado del corazón de su mujer los recuerdos de veinte años que un día despertaron y que se apoderaron de su alma.

Por lo demás era celoso como un español, bien como si su madre, que había nacido en los Pirineos, le hubiese dado con su leche la inquietud meridional.

Pertenecía además á la mas pura aristocracia del barrio de San German; nunca había transijido con los hombres nuevos. Hacia todos los años una peregrinación á Frosdoff, bien como si aun tuviera esperanza en los destinos de la Francia. Comprendía que su época había pasado ó que aun no había llegado; buen cristiano y buen esposo se resignaba al silencio.

La marquesa hubiese preferido, á no dudarlo, un mal cristiano y un mal marido de esos que tanto abundan y que son adorados de su mujer, lo cual prueba que si la perfeccion existiera en este mundo no seria la preferida.

La señora de Fontaneilles se había resignado y decía á sus amigas que la compadecían viendo que hacía aquella tranquila y pacífica vida:

—Me he resignado á mi dicha.

Aunque su marido fuese muy celoso, la dejaba ir aquí y allí para no semejarse al tirano de Pádua. La acompañaba con frecuencia y se indignaba siempre al verla andar escotada, al revés de casi todos los maridos parisienses. Mas prefería acompañarla cuando iba á misa.

La marquesa se había entregado pues, á Dios. En Dios había concentrado sus aspiraciones y esperanzas. Cuando estaba soltera creía que su vida de casada no seria tan severa. Permanecía nueve meses en el castillo de Fontaneilles: no pasaba en Paris mas que el último mes del invierno y el último de la primavera; apenas su marido le daba un mes de vacaciones que pasaba en Dieppe, en Biarritz, ó en Baden, donde no la acompañaba su marido sino su hermana ó su madre.

Su existencia era una vasta soledad; había abrigado la esperanza de que tendría familia; pero había llegado á los treinta años sin que una cuna hubiese entrado en su cuarto. La cuna es la bendición del cielo en el matrimonio.

En ciertas horas vivía desesperada; oraba con pasión y hasta algunas veces con cólera, pues le parecía que Dios la había abandonado.

Tenia sus horas de tentación; cuando veía su opulenta hermosura exclamaba, latándole el corazón, con una aspiración hácia lo infinito y con una sacudida de vaga voluptuosidad: «Es esto la tumba?»

Hacia ya un año que se preguntaba con un rubor súbito, por qué no había ya caído en brazos de Paris.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

## VIII.

## LA VIRTUD NO ES UNA FRASE VANA.

El duque de Parisis habia jurado muy formalmente borrar de su alma las imágenes del pasado para ver mejor en el porvenir la de Genoveva. Habia hecho un juramento oficial ante Dios; pero habia hecho mas: habia jurado que Genoveva seria la última mujer de su alma, de su corazon y de sus lábios. Y lo habia jurado de buena fé, pues si no creia en la existencia de un Dios que oye los juramentos, creia en su palabra, á la cual no habia faltado nunca.

Por qué la señora de Fontaneilles habia ido á Parisis? Ni ella lo sabia. Era un juego del destino que se divierte en crear tempestades sobre la serenidad de la vida? Era para vivir en el mismo techo de aquel que le ocasionaba tanto miedo?

Ocho dias despues, algunos parisienses llegaron al castillo. Octavio habia ya olvidado que les aguardaba. Hubiera deseado que ellos, á su vez, se hubieran olvidado de visitarle; tan feliz se hallaba en aquella soledad de tres, en que la señora de Fontaneilles esparcia un nuevo hechizo con su rostro y su

talento. Octavio creia que no tendria una hora mas para los sueños. Él, que habia sido todo accion, hallaba dulce el descansar así, en plena naturaleza, entre dos mujeres que eran como las imágenes de la amistad y del amor.

Y despues, aun cuando no se sintiera celoso en el sentido francés de la palabra, es decir, en el sentido brutal, no le gustaba que se echase una mirada muy escrutadora en el interior de su casa. Del dintel hácia adentro era romano: para él la mujer era una criatura sagrada, á la cual no debia profanar la curiosidad. Pero, en fin, necesario es pertenecer á la sociedad y al mundo.

Llegaron á Parisis algunos amigos muy conocidos de Octavio: el príncipe Azul, Guillermo de Montbrun, el marqués de Saint-Aymour, el duque de Pontchartrain y su esposa, la princesa de... y su jóven prima de H... que trageron consigo á la señorita Clotilde de Joyeuse, hermana de la señora de Fontaneilles.

El castillo quedó casi metamorfoseado. Todo un mundo de gente, iba, venia, reia y cantaba. Hacia un siglo que las sombras de aquella gran soledad no habian sido tan alegremente evocadas. Durante aquellos dias, fué todo una verdadera fiesta: por la mañana se emprendia un paseo hácia las ruinas vecinas improvisando cabalgatas; se almorzaba en la selva, donde los mas preciosos guisos de Girardin y de Boiteille parecian salir del fondo de la tierra; por la no-

che se hacian charadas, se improvisaban comedias y luego se acostaban tarde para levantarse muy temprano, pues sabido es que la vida en un castillo es mas desordenada que la que se lleva en Paris; si se quiere resistir es indispensable estar bien armado: piernas de acero, estómago de infierno, y corazon de bronce. Quizá se creará que todo aquel ruido y todo aquel movimiento, arrancaron de Parisis aquella viva aspiración que le impulsaba hácia la señora de Fontaneilles. Pero no es cierto. Cuando un mal sentimiento germina en el corazon, brota muy pronto como las malas yerbas en el trigo de marzo. Os sorprenderá el ver en la primavera como las amapolas y otras plantas, surgen de pronto sobre los tallos de las espigas. Cuanto mejor es la tierra, mas pronto suben. Hé aquí porque los grandes corazones son, con frecuencia, los mas culpables; hé aquí porque la mujer que no aporta á Dios mas que las buenas mieses y una virtud divina, necesita de grande heroismo para arrancar de su corazon las malas yerbas.

Octavio de Parisis no tenia este heroismo; pero creia firmemente en la virtud de la señora de Fontaneilles.

La virtud es una túnica hecha por la naturaleza, á fin de ocultar los latidos del corazon. Lo que constituye la fuerza de la mujer, consiste en la creencia para el hombre de que la virtud verdadera se encuentra siempre debajo de esta túnica.

La antigüedad conoció al señor Cupido, un niño

que no habia nacido en el amor. Los antiguos elevaron templos á Venus, á la Venus púdica y á la Venus impúdica, á las cazadoras y á las bacantes; mas no penetraron en el divino santuario del amor. No conocemos las nueve musas; pero sabemos de memoria todas las sublimes estrofas de esta musa moderna que se llama la Pasion. Si no hemos levantado templos á la idea, en cambio hemos piadosamente levantado el altar del sentimiento.

En Safo, como en Dido, el amor tiene todas las violencias, todas las cóleras, todos los furores, pero no se entenece hasta las lágrimas. Se hallan estraviadas, pero no lloran. El fuego que las altera, que las devora, que las consume, es el fuego de la loba. No es la sed del infinito lo que las atrae, no es la piedad universal lo que abre y esparce su corazon sobre todas las cosas, sino que están dominadas por los deseos que enciende la sangre.

La mujer que nos ha dado el cristianismo no quisiera, aunque con ello pudiese alcanzar la corona de Dido y la gloria de Safo, cruzar por este infierno del amor pagano. La mujer nueva, sufriendo los feroces mordiscos de la voluptuosidad, se destaca con pié victorioso de la fosa de los leones, realizando sus aspiraciones hacia lo infinito. Sabe que su verdadera patria está mas allá del bosque tenebroso que le oculta el cielo.

En la antigüedad la mujer no ponía mas que el amor en el amor; en la vida moderna la mujer pone

en él á Dios. Hé aquí porque hay menos Mesalinas y mas La Vallieres.

La señora de Fontaneilles era la mujer del cristianismo; pero á fuerza de contener sus pasiones, queriéndolas vencer, se sentia vencida como las mujeres de la antigüedad que lanzaban sus imprecaciones á los vientos de las selvas y á las olas del mar. El cuerpo se sublevaba contra el alma; la naturaleza ahogaba á Dios.

## IX.

## EL ALMUERZO SOBRE LA HIERBA.

Renováronse en Parisis las hermosas fiestas campestres del siglo décimo octavo. Todos los dias se improvisaban cabalgata, en el bosque, expediciones á los castillos vecinos, almuerzos y meriendas sobre el cespéd, verdaderos cuadros que hubiesen puesto alegres á Diaz, Isabey, Chaplin y Giraud.

Todo el mundo se divertia. Genoveva concedia su risa á estas fiestas; pero echaba de menos la soledad en que habia vivido con su esposo. Amaba demasiado á Octavio para encontrarla en aquellas fiestas: el amor está celoso de todo; hasta de las alegrías del sol; le gusta refugiarse en sí mismo bajo la sombra de las frescas enramadas.

Genoveva se sintió no obstante muy feliz el dia en que fué á almorzar en la Roche l'Epine y en que comió en Champauvert.

Octavio recordó con tanta oportunidad escenas que eran queridas á uno y otro, que Genoveva perdonó á todo el mundo el que tomara parte en su alegría. Aquel dia fué hermosísimo. Se almorzó al lado

de una fuente cuya agua era tan glacial que se helaba en ella el champagne; se tendió cerca de ella un mantel con veinte cubiertos, que se colocó en un cuadro de madreselvas, frente á un panorama maravillosamente pintoresco, sobre una alfombra de césped algo inclinada, lo cual produjo innumerables caídas; todo el mundo tenía trabajo en mantenerse con aplomo; las botellas y los vasos rodaban; el viento azotaba los vestidos y levantaba los manteles, y el poner orden en el desorden constituía una divertida tarea. Se reía hasta perder el aliento, porque el talento corría sobre los manteles.

La señora de Fontaneilles estaba deslumbradora: parecía que respiraba la dicha por la primera vez de su vida. Todas las mujeres estaban vestidas con sencillez, aunque sin escluir el arte; pero la marquesa estaba mas provocadora que las otras con sus ojos de fuego, chispeando bajo sus largas pestañas, sus labios encarnados, su ondulosa garganta, su redondeado seno, su pierna fina y torneada y su pié breve.

El viento era su cómplice, ya azotara su trage, ya embrollara en la frente sus cabellos.

—Cuán hermosa está! dijo de pronto Genoveva, hablando de la marquesa á la princesa.

—Tanto, que casi no la conozco, replicó esta última. Cuando está en casa se diría que viene del sermón ó que vá al confesionario.

—De la influencia fatal del marido sobre la mujer; hé aquí un hermoso título, dijo sentenciosa y có-

micamente el príncipe Azul, que escuchaba á las dos mujeres.

Octavio, que se hallaba al otro extremo de la *mesa*, se decía también que la marquesa estaba muy hermosa, y le arrancaba no solo un grito de admiración sino de inquietud: no solo hablaba su voz, sino su alma, su corazón, sus brazos, sus ojos, sus labios.

Adoraba á Genoveva; pero hubiese querido abrazar con furor aquella mujer que un año antes se le había rebelado, que le había resistido y que era la imágen del amor material, así como Genoveva era la imágen del amor ideal.

Jugóse á las cuatro esquinas. Cuatro árboles centenarios habían dado la idea de este juego primitivo, muy saludable después de un almuerzo que ha durado algunas horas. Se lanzaron gritos y carcajadas para conmover el valle y la montaña. Parisís jugó como un niño. En mas de una ocasión abrazó una mujer como si abrazara un árbol. Los juegos campesinos autorizan el atrevimiento; mas la princesa hizo una juiciosa observación diciendo que Parisís era siempre Don Juan de Parisís.

La señora de Fontaneilles, que no había bebido mas que agua, estaba como embriagada. Cuando Octavio corría tras de ella y la alcanzaba, la joven se apoyaba en él como si fuese á caerse.

Hubo un momento en que la princesa arrojó un pañuelo á Genoveva, diciéndola:

—Pronto: ocultad vuestras lágrimas. Qué loca sois!

## X.

## UNA HIJA DEL INFIERNO.

Por la noche Octavio no durmió; tanto le dominaba la fiebre de un amor nuevo. Se levantó casi con el sol, montó á caballo y dió un paseo en el campo á fin de luchar y dominarse.

Seguia descuidado su camino. De pronto notó que se hallaba en el monte de Pernand.

—Y bien, se dijo, voy á pedir á la sombra de Violeta que eche un poco de agua á este fuego de paja que me devora.

No era un fuego de paja: era un fuego del infierno.

Cuando llegó al castillo, la jardinera le dijo que en aquel instante el señor cura se hallaba en el jardín con Antonia.

—Ah! caballero, prosiguió la jardinera; es jóven es el diablo. Se diria que está hechizada, parece que tiene azogue en el cuerpo.

Octavio habia pasado al jardín.

Ante un pequeño algibe donde habia peces, vió á

Antonia que azotaba el agua con fúria, mientras el cura de Pernand la echaba un sermón.

El señor de Parisis les sorprendió á uno y á otro. Vió desde luego que Antonia estaba mas bella que antes.

Al percibirle la jóven se ruborizó y sacudió su mano.

—Ah! señor duque! exclamó el sacerdote: me habeis dado una discípula que no entrará nunca en razon. Es muy inteligente, pero rebelde. No quiere leer mas que novelas: no he visto criatura mas salvaje: por mas que la trate con dulzura vive siempre en rebelion abierta. Será indispensable que la proporcioneis otro maestro, pues si vos no hubieseis venido yo hubiera ido á visitaros para hablaros de esto.

Antonia en frente de Octavio, estaba apacible como un cordero; mas no pudo ocultar cierta maligna sonrisa al mirar el cura. Si se hubiese atrevido á hablar hubiera exclamado: «Cuanto me carga!»

—Lo habia previsto, dijo Octavio. Me equivoqué de puerta: no era la de la Iglesia sino la del Conservatorio la que debia yo abrirla. Sigue cantando?

—Oh! En lo que se refiere al canto es una maravilla. Sin contar con que toca el órgano como un ángel. Así es, que el domingo la perdono todo el mal que ha hecho en la semana. Pero, á decir verdad, señor duque, la semana es muy larga. Antonia es rebelde á todo lo bueno. Si no se vá con cuidado habitará en los siete pecados capitales.

—Los siete pecados capitales! dijo con indignacion Antonia. Soy avara? soy envidiosa?

—No, no sois avara ni envidiosa; pero defendeos de otros mónstruos que se han apoderado de vos.

—Sois vos un santo? preguntó Antonia al cura.

Parisis contuvo una sonrisa.

Comprendió que la iglesia no haria entrar en razon á la muchacha.

—Señor cura, dijo; quiero hablar un rato con ella. Iré á visitaros luego.

Cuando estuvo solo con Antonia, esta le dijo:

—Ah! signor! signor! si supieseis lo que odio á ese hombre vestido de negro! Es un cuervo: todas las mañanas me anuncia el mal tiempo. Si hé de alcanzar la salvacion con él, prefiero estar condenada.

E irguiendo su cabeza:

—Sabeis, signor, que soy la hija de un príncipe? Mi madre era cómica.

Octavio habló una hora con la italiana. Esto equivalió para él, á toda una revelacion. Nunca habia conocido un carácter tan resuelto, una criatura mas indomable. Era el potro que desafía el freno y la espuela, que salva los torrentes, que desafía los abismos, que hace brotar el fuego sobre las guijas del precipicio. Antonia, una vez fuera de los horizontes azules y serenos, no temia nada. Necesitaba el rumor del trueno y el resplandor del rayo. Nacida al pié del Vesubio, era una montaña que arrojaba de su seno todas las pasiones.

—Ah! dijo Octavio maravillado ante aquel infierno: si yo hubiese encontrado esto hace un año!

Y concentrándose en si mismo, se estrañaba aun de las variaciones de su corazon. Adoraba á Genoveva, amaba á la señora de Fontaneilles, y hacia esfuerzos por reprimirse para no llevar á Antonia bajo los árboles del parque.

Triunfó de tan mal pensamiento; mas para esto le fué preciso montar bruscamente á caballo prometiéndole á Antonia que la llevaria á Paris muy luego.

—Mucho dará que hacer. Será otra pecadora mas, se dijo. Me lavo las manos. Ah! prosiguió: el castillo de Pernand está maldito!

## XI.

## LAS JÓVENES ARREPENTIDAS.

Cierta mañana los forasteros del castillo volaron á Paris como una bandada de pájaros que se escapa de su dorada jaula.

Genoveva que siempre habia parecido alegre, no pudo contener este grito:

—Ah! cuan feliz soy!

Y encontró otra vez aquella soledad con su esposo que tanto habia amado.

—Mi querida Jacinta, dijo á la jóven: cuando me hallo con Octavio, solo vos no estais contada.

Por qué Octavio fué á Paris algunos dias despues de haber marchado la señora de Fontaneilles?

Era la primera vez que el duque se hallaba en Paris sin la duquesa. La habia dicho que solo pasaria allí dos dias; el tiempo de ir á Chantilly para ver sus caballos, el tiempo de ver un notario, un abogado, dos agentes de cambio, pues la dicha, sea cual fuere, lleva siempre este cortejo.

La jóven habia querido como otras veces, ir con él, no porque temiese verle caer en el foso de los leo-

nes, no porque sintiera celos, puesto que el jóven nunca habia estado tan enamorado, sino porque para ella, esto de vivir un dia—un singlo—sin él era un dólór insoportable.

Genoveva no habia partido porque la esperanza de una nueva dicha sonreia en su horizonte: sentia en su corazon y en sus entrañas, los primeros estremecimientos de la maternidad. En el próximo invierno la jóven seria madre, lo cual era para ella como una bendicion de Dios. Un médico aconsejaba á la señora de Fontaneilles que fuese á Ems, cuando otro médico aconsejaba á Genoveva, que no fuese á Paris.

Octavio no cumplió su palabra: escribió todos los dias á Genoveva una carta hermosísima; todos los dias le envió un encantador telégrama, tal como puede permitirle el telégrafo; mas permaneció ocho dias ausente.

Y porque duró tanto su ausencia? Porque todas las noches iba á casa la marquesa de Fontaneilles.

En la primera noche llovia de un modo furioso y como el jóven hiciera una visita á Monjoyeux que estaba en su taller, sus caballos, irritados por aguardar tanto, partieron al galope y atropellaron en el boulevard de Clichy, á la mujer enlutada que vimos llorando sobre la fosa de la señora de Entraygues. Esta jóven se levantó, se volvió y reconoció al duque de Parisis que habia dado órdenes para que se detuviera el coche y que, él mismo, se detuvo para socorrer á la enlutada.

—No es nada, dijo esta sin levantar su velo.

Y prosiguió su camino.

Llegó cansada á la puerta del convento de Santa Ana. Estaba hecha una sopa. La superiora la recibió con su amabilidad de costumbre. Encendió lumbre, y le dió el hábito de la casa.

La jóven la abrazó.

—Oh! madre mia, dijo, rogad á Dios por mí.

Y se arrodilló ante un crucifijo.

—Voy á dar gracias á Dios por haberme dado bastante valor para franquear el dintel de esta puerta.

Y arrojándose en brazos de la superiora, añadió:

—Oh! madre mia, decid que no hallaré aquí mi corazón. He sufrido mil muertes por él: hacedme vivir en Dios en las Jóvenes Arrepentidas.

Las Jóvenes Arrepentidas!

Este palabra es hebrea para los que pertenecéis á este siglo. Solo conoceis las jóvenes que no se arrepienten.

Las que van y vienen sin saber donde van ni sin saber de donde vienen.

Que pasean la ruina y la muerte, pero sobre todo sin muerte y su ruina.

Que se pavonean en el Bosque con la ruidosa cola de su traje y su estéril cabellera; que cenan en la Casa de Oro, que juegan por la misma razon que no tienen que perder; que no ven levantarse jamás la aurora á menos que esto sea antes de acostarse.

Y para ellas esto se llama la fiesta de la vida. Y cual será el mañana de esta fiesta?

Tres ó cuatro se casarán con un amante obstinado, otras tres ó cuatro serán condesas en Viena, en Florencia, en Lóndres ó en San Petersburgo; la mayor parte morirán á la primera caída de las hojas; el resto seguirá á Rebeca en el anfiteatro de Clamart.

El refugio de las Magdalenas ó sea el convento de Santa Ana se encuentra en Clichy-la-Garenne. Es un antiguo edificio donde Luis XIV tenia á la La Valliere, la grande arrepentida. Así, esta casa predestinada se hallaba santificada desde hacia tiempo.

Rodeis hacer conmigo una peregrinacion á esta real morada. Todo lleva allí el sello de los lugares predestinados. San Vicente de Paul, este gran cazador de las ovejas extraviadas, fué el cura de la parroquia. Se encuentra aun su sombra siempre solícita para recoger las almas en pena. En aquella santa colmena os impresionará aquella voluntaria pobreza. Todas aquellas mujeres que cruzaron por la atmósfera del luto, viven ahora bajo un tosco hábito. Y qué mueblage! Qué mesa! San Lázaro es en comparacion una casa de lujo. Un banco de madera, pan y agua; pero sin lumbre. En cambio Dios está allí.

Escuchad á un rudo predicador de nuestros dias:

«Allí es donde van las mujeres acostumbradas á las locuras del ocio, de la molicie, de los trages y de los festines. No es la miseria lo que las impulsa hácia el santo refugio sino el horror que les inspira su es-

tado. Apenas entran allí cuando destrozan su vestido como si sus telas quemaran. Y cogen el rudo hábito vertiendo lágrimas de alegría. Su mas ardiente deseo consiste en precipitarse al baño de la penitencia. *Amen dico vobis quia meretrices precedent vos in regnum Dei.* En pocos dias su cambio se hace sensible hasta en su esterior; el paso, el rostro, pierden la expresion que tenian en la calle: todo se arregla á la ley del alma, arreglada, á su vez, á la ley de Dios. Nada de orgullo, nada de atrevido, nada de afectado en su modestia; son tan solo mujeres rehabilitadas. Cuando se habla de ellas se dice «las hijas».

La puerta siempre está abierta. Se entra llorando y se sale de allí consolado.

Id á la misa del domingo en la capilla del refugio. «Es el antiguo salon de Luis XIV adornado aun con pinturas alegóricas que espresan el destino del edificio; cacerias y trofeos. Buscando un poco vereis á Diana, Adonis y otros seres mitológicos. Esto despierta reflexiones que adivinareis facilmente. Se piensa sin quererlo en aquella córte tan brillante y tan llena de miserias en que no faltaron, á Dios gracias, notables arrepentimientos. Pero ay! no hubo bastantes. Creo que un gran número de damas de aquella época encontrarian la real casa muy estrañamente habitada; pero no sucedería lo mismo con la La Valliere y Bossuet sentiría allí como la elocuencia haria estremecer sus lábios.» Esto lo dice Luis Veuillot. Cuenta que vió las Arrepentidas en misa y comenta

con grande elocuencia el Evangelio de aquel dia.

«En aquel tiempo un gefe de la sinagoga se acercó á Jesús y le adoró diciendo: «Señor, mi hija acaba de morir; pero venid, imponded vuestras manos en ella y vivirá». Jesús, se levantó en seguida y le siguió. Cuando hubo llegado á la casa del gefe de la sinagoga y cuando vió á los tocadores de flauta y mucha gente que ocasionaba ruido: «Retiraos, les dijo, porque esta jóven no está muerta, solo está dormida.» Y se burlaron de él. Cuando la gente hubo salido, Jesús entró, la cogió de la mano y la jóven se levantó.»

Hé aquí el comentario;

«Tampoco habian muerto ellas! El Reparador hizo salir la gente que ocasionaba tanto ruido y se burlaba; tocó los cadáveres y la vida volvió á ellos con sus cantos llenos de seguridad y de gracia.»

Pero hoy dia la casa se desmorona y no hay que dejar caer el techo que abriga á las arrepentidas; oh! vosotros que no os arrepentís: traed vuestro óbolo!

Y vosotros que nunca arrojásteis la primera piedra á la pecadora ni á la mujer adúltera, contribuid, aunque no sea mas que con un grano de arena, á la reedificacion del convento de Santa Ana!

Cuando veais en el teatro, en el bosque, todas las hermosas pecadoras que viven un tiempo perdido, cuando las veais con la sonrisa en los lábios y la inquietud en el corazon, recordad esta frase que las pin-

ta á todas: —Ah! si yo fuera rico!—Qué hariais?—Me daria el lujo de no tener amante!

Fuera de esto, acaso *las de mañana*, las que viven con seis sueldos al dia no son aun menos pobres?

Algunos dias antes de que entrase allí la enlutada, una mujer de gran tono —el segundo tomo de la condesa de Entraygues iba allí deslumbradora de juventud para llamar á la hospitalaria puerta de las Jóvenes Arrepentidas. Hace dos años en las carreras de Longchamps brillaba aun en las tribunas y multiplicaba su existencia con su deseo de figurar y vivir. Esto consistia en que muy luego iba á dar su hora.

Escribió este billéte á una de sus amigas, á otra gran señora:

«Mi querida Berta: soy yo. Hoy no te negarás á recibirme porque siento que Dios me ha perdonado ó me perdonará. He hecho traicion á todo el mundo haciéndola á mi misma. Pero en fin he reflexionado y hé comprendido todo mi crimen. Hé aquí porque me hallo en las Jóvenes Arrepentidas; hé aqui porque me entrego á la plegaria y al trabajo; al trabajo para ofrecerte un vestido que no saldrá de casa Worth; á la plegaria para que tu no te portes cual yo.

»Porque no lo olvides: en la mujer mas virtuosa existe una pecadora, como en la pecadora mas abandonada existe la arrepentida.

»Sí, en las Jóvenes Arrepentidas! He elegido el

refugio de las mas humildes. Qué importa? No me ruborizaré sino ante Dios.

«Escribeme; dime que aun me quieres; no me des noticias de Paris, al cual oigo mugir desde mi ventana como la tempestad cerca del puerto. Cuando vayas á Trouville dentro seis semanas, dirás á la tempestad que no la temo.

»Si encuentras al duque de Parisis dile por lo bajo que mi penitencia es aun mas grande que mi amor.»

MATILDE.

Ahora bien: la gran señora que desafiaba la tempestad y la jóven que habia ido allí para olvidar su corazon se encontraron en el dormitorio, lecho por lecho.

Cierta noche, en que no dormian porque lloraban:

—Por qué llorais? se preguntaron una á otra.

La una hizo su confesion. Amaba siempre á Parisis.

—Y vos, hermana mia?

—Habeis contado mi historia: amo siempre á Parisis.

La herida continuó manando sangre, la llaga volvió á abrirse, la tempestad se habia apoderado del alma.

Al siguiente dia á las doce no se hallaban ya en las Arrepentidas.

—No es aquí donde le puedo olvidar, dijo la joven, volviéndose hácia el convento; es necesario que yo rompa mi cuerpo para matar mi corazón: necesito los rudos deberes de la hermana de la caridad.

## XII.

## LA LUCHA Y LA CRISIS.

Si el duque de Parisis se habia enamorado de la marquesa, la marquesa se habia vuelto loca por él.

El joven se confesaba á sí propio que se tomaba gran molestia en conquistar no un corazón, pues hacia ya tiempo que estaba conquistado, sino para ese bien mas visible y mas humano que se llama cuerpo: Un harapo segun Diógenes. Toda una mujer segun decia Don Juan.

El marqués de Fontaneilles habia marchado á Lóndres donde habia de comprar caballos y donde era aguardado por su amigo lord Harttfort para hacer algunas visitas en el Devonshire donde iba todos los años.

La marquesa se habia quedado sola en Paris y debia encontrarla en Fontaneilles ó en Ems. Desde que amaba á Octavio habia palidecido, no respiraba sino á medias, la fiebre se apoderaba de ella con frecuencia y su médico la habia aconsejado que fuese á Ems por una temporada. El agua providencial de Ems y el balsámico aire de las montañas vecinas debian